

## LOS OGROS

... «Y el ogro, abriendo una bocaza descomunal, se tragó á los dos niños en ménos que canta un gallo...»

Hortensia y Luciano se echaron á llorar, oyendo este horrible final de la historia que les acababa de referir su nodriza.

—Los dos niños eran muy malos, dijo Hortensia, pero se hubieran corregido si el ogro no se los hubiese comido. ¡Qué brutal!

—Cuando yo sea grande, exclamó Luciano, iré á batir á los ogros y los mataré á todos. Tú me ayudarás, añadió, dirigiéndose á su hermanito Emilio.

—Tonto, si no hay ogros, dijo éste maliciosamente y riéndose.

—¡Jesus! dice que no hay ogros, añadió Hortensia, y se rie de los dos niños que el ogro se tragó... ¡Anda, mal corazón!...

—Tú si que tienes mal corazón, repuso Emilio;—el otro dia bien te reias cuando me arañó el gato.

—Te arañó, porque le hacias rabiarse.

—Pues yo sí creo que hay ogros, dijo Luciano.

—Que lo diga mamá: ¿hay ogros?...

—No sé, contestó la mamá, que habia oido la narracion de la nodriza con cierta impaciencia, si la historia que os ha contado María es verdadera; pero lo que puedo afirmaros es que en efecto existen esos monstruos que se llaman ogros.

Emilio se puso muy serio, y miró á su madre.

—¿Ogros con esa bocaza tan grande y que devoran á los niños? preguntó.

—Y con unas uñas muy largas, tan largas que los hombres mismos suelen no saber librarse de caer en ellas.

—¿Y viven en cavernas? continuó

preguntando el incrédulo rapazuelo.

—En cavernas negras, de donde salen para obligarnos á cometer malas acciones y hacernos despreciables á nuestros propios ojos.

—Yo quisiera ver uno, repuso el intrépido muchacho, mientras que su hermano y su hermana parecían llenos de terror.

—Pues de aquí á la noche, añadió la mamá, lo conseguirás, y Dios quiera que no veas más que uno. Por mi parte, hijos míos, sé de cuatro que todos los días os acechan. Ya es tiempo de que os enseñe á conocerlos y combatirlos, porque, aunque sois tan pequeños, podeis vencerlos, y esta victoria os será de gran utilidad en el porvenir.

Los tres niños se miraron con asombro.

—Llámalos en seguida, exclamó el valiente Emilio resueltamente.

La mamá se sonrió, abrazó al bravo en miniatura, y le dijo:

—Paciencia hasta la noche.

Los niños salieron á jugar en el jardín.

Hortensia, que iba delante corriendo, se detuvo de pronto y se puso detrás de su hermano mayor.

—¿Qué te pasa? preguntó Luciano.

—Si habrá un ogro escondido detrás de aquel rosal, dijo la niña, con cierto recelo.—Mamá dice que hay cuatro que siempre nos están acechando...

—Espera, exclamó Luciano.

Y corrió á armarse de un terrible sable de hoja de lata y de una pistola cargada con un piston, y cuya detonación debía bastar para poner miedo en el ánimo del ogro más feroz.

Entre tanto, Emilio había mirado detrás del rosal, y decía riéndose:

—¡Cá! si no hay ogros...

—Que salga, exclamó Luciano, y le pego un pistoletazo.

—Yo echaria á correr apenas le viera, dijo Hortensia.

En el mismo instante, una ráfaga de aire agitó las hojas del espeso arbusto.

—¡El ogro! exclamó Hortensia, dispuesta ya á echar á correr.

Luciano disparó su pistola; las hojas no se movían ya.

—¡Si le habrás muerto!... añadió Hortensia.

—¡Qué! si no hay tal cosa, observó Emilio, siempre valiente, y se dirigió á mirar tras el arbusto.—Nada, no hay nada.

—Pero, tonto, ¿no ves que los ogros son invisibles?... repuso Luciano, que tenía sus pretensiones de haber muerto al monstruo.

Hortensia y Luciano continuaron explorando el jardín, mirando todos los rincones, las junturas de las piedras, el pozo, los huecos de los árboles viejos, la puerta, etc., etc. De pronto, encontráronse los niños delante de la puerta entreabierta de un pequeño pabellón que servía de despensa. Esta puerta la habían visto siempre cerrada, y al verla abierta pensaron que los ogros, viendo que se les buscaba en el jardín, habrían huido á refugiarse en el pabellón. Los dos niños retrocedieron, y Hortensia propuso llamar á Emilio, que por dos veces había ya probado su valor; pero ¿no se burlaría de ellos repitiendo otra vez que no había ogros? Luciano puso otro piston en la pistola y dijo que él solo se atrevía á matar al enemigo. Acercáronse otra vez á la puerta, y volvieron á retroceder y volvieron á avanzar, y luego se detenían á escuchar porque parecía como que se oían ronquidos en el pabellón... De

pronto, Luciano empujó la puerta, y él y su hermana dieron un salto atrás... Nada, no hubo novedad. Los exploradores avanzaron otra vez, aunque siempre con cautela. Luciano, más resuelto que su compañera, marchaba el primero, y bien pronto descubrieron los dos niños, no un ogro, sino tablas simétricamente colocadas, sobre las que había frutas de hermosos colores. Además, en una especie de velador se veía sobre un gran plato redondo adornado de un papel que parecía encaje, un magnífico ramillete de dulce, que exhalaba un olor verdaderamente provocativo.

Aquel plato era digno de figurar en la mesa de un rey. Tenía el ramillete cuatro cuerpos, y cada uno descansaba sobre cuatro columnas, que, si no eran una obra modelo de arquitectura, demostraban que el constructor debía ser un confitero de notoria habilidad. ¿Quién lo había llevado allí?... La cocinera sabía hacer tarta y natillas, pero edificios de aquellas proporciones, era incapaz de hacerlos la cocinera. Los niños lo admiraron de lejos, pero luego se atrevieron á acercarse para examinar más cerquita aquella maravilla, que sin duda había de aparecer en la mesa á los postres. No había ogros en el pabellón, bien podía afirmarse, porque si los hubiese, ya se habrían comido el ramillete. Poco á poco se acercaron al velador; sus ojos maravillados contemplaron la bella cúpula dorada de aquel soberbio edificio, en la que había echado el resto el hábil confitero.

Para un niño, ver una cosa bonita y no tocarla, es imposible de todo punto. Poco á poco Luciano y Hortensia se empinaron sobre las puntas de los piés, é, involuntariamente, por supuesto,

dos dedos chiquititos comenzaron á pasearse por la cúpula de azúcar.

Los deditos iban desde la cúpula á la boca, y desde la boca á la cúpula, y miren Vds. si sería hábil el autor de aquel monumento, que con solo tocarlo con la punta del dedo y llevar luego el dedo á los labios, el dedo adquiría un sabor delicioso. Los niños no hacían más que chuparse el dedo, pero con mucha delicadeza. Y nada, no se conocía nada en el ramillete que ellos le tocaban tanto. Si ambos hubiesen tenido más edad, habrían sabido que una gota de agua, cayendo siempre en el mismo sitio, acaba por horadar la piedra más dura. El magnífico ramillete estaba léjos de tener la dureza de la piedra, y de pronto, sin saber cómo, el cuerpo superior se vino abajo.

La aparición del ogro más espantoso no hubiera causado tanto miedo á los dos niños como aquel inesperado desastre. Se miraron pálidos y consternados.

—Yo no he sido, objetó Luciano.

—No, ni yo tampoco, dijo Hortensia.

—Yo no lo tocaba cuando se ha caído.

—Ni yo.

—Se ha caído solo, exclamó Luciano, después de un momento de silencio.

Los dos niños se tranquilizaron. La cúpula, fatigada sin duda de estar en aquella altura, se había caído. Las cosas, delante de los niños, tienen caprichos singulares. Se caen, se despegan, se rompen ellas solas, con el único objeto de que luego regañen los papás á los niños y les echen la culpa de lo que no han pensado hacer siquiera.

La cúpula del edificio cayó, sin que

los niños fueran responsables del suceso; cayó porque le dió la gana: pasado el estupor del primer momento, produjo aquel accidente un importante descubrimiento; el interior del ramillete estaba lleno de una crema delicadísima, blanca como la leche.



HORTENSIA

—Es leche de almendra, exclamó Hortensia chupándose el dedo.

—No; es crema de vainilla, repuso Luciano haciendo lo propio.

—Tienes razon, añadió Hortensia repitiendo la operacion.

—Esto no sirve para nada, observó Luciano señalando los pedazos de la cúpula.

—Claro, todo está roto.

—Tambien sabe á vainilla.

—Es verdad.

Efectivamente: aquel ramillete se distinguía por lo excelente de la vainilla que habia entrado en su confeccion, y Hortensia y Luciano se comieron los trozos que habian caído de lo alto, persuadidos de que aquella hermosa cúpula, una vez rota, para maldita la cosa servia, como no fuera para comérsela ellos.

El hermano y la hermana contemplaban el resto del ramillete, quizá con la esperanza de que se cayera tambien solito; pero la base era más fuerte y sólida, y no cedia tan fácilmente. Un ligero ruido que oyeron les hizo salir del pabellon al jardin, aunque ellos no habian hecho nada malo, puesto que ya estaba averiguado que lo alto del ramillete se habia caído solo, y ellos se lo habian comido porque no servia para nada.

Emilio, en tanto, habia emprendido un trabajo gigantesco en el jardin. Ingeniero, arquitecto, albañil, todo en una pieza, el valiente, que no creia en los ogros, acababa de hacer para estos una casa, una casa con su jardin, su caverna para encerrar chicos y comérselos crudos; una caverna que se abria en la tierra y cuya entrada causaba horror. La casa del ogro era de tablas, con su techo y su ventana. El jardin tenia sus calles; sus árboles, su arroyo. A la sazón se ocupaba el ingeniero constructor en surtir de agua al arroyo. Tambien estaba allí el ogro, hecho de ramas, con sus piernas muy largas, por cabeza una calabaza, cubierta con un sombrero de papel... estaba imponente.

Hortensia y Luciano, al salir del pabellon, vieron que Emilio estaba haciendo allí algo digno de verse, y corrieron á verlo, pero con tal aturdimiento, que Luciano derribó la casa del ogro, cubrió de arena la entrada de la caverna, deshizo el ogro, y estropeó en un momento, sin darse cuenta de ello, la ingeniosa, difícil y costosa obra de Emilio.

A la vista de aquel desastre, Emilio se puso furioso, se arrojó sobre su hermano y comenzó á darle golpes.

Hortensia intervino en la contienda, y los tres hermanos se sacudían de lo lindo, cuando llegó la mamá y logró separarlos.

Los tres culpables quedaron avergonzados de que su mamá los sorprendiera en aquella grosera riña.



LUCIANO

—No quiero reñiros, dijo la buena señora; pero sí debo haceros advertir que vuestra conducta hoy ha sido digna de la mayor censura. Esta mañana no habeis sabido la lección; luego habeis sido golosos, y, por último, habeis cedido á la cólera y cometido la horrible falta de maltrataros, siendo hermanos... Ya habeis visto á los ogros.

—No, mamá, no los hemos visto, se apresuró á decir Hortensia.

—No hay ogros, repitió Emilio.

—Sí, hijos míos, continuó la mamá; los ogros que todos los días os acechan son la pereza, la gula, la cólera, la envidia y tantos otros defectos que debéis combatir constantemente. Armaos de resolución y valor, y no deis oídos nunca á esos monstruos, cuya voz pretende imponerse á la de vuestra conciencia. No dejéis que os dominen, porque entonces seríais vencidos,

y el que tiene esos defectos es, cuando niño, antipático, y odioso cuando hombre.

Los tres niños abrazaron á su madre, se abrazaron ellos y se besaron, prometiéndose triunfar de los verdaderos ogros.



EMILIO

—¿Y qué quiere decir ogro? preguntó Luciano.

—La palabra Ogro se deriva de Ogor, dijo el papá, que llegó en aquel momento. Los llamados así constituían una colonia tártara, que apareció en Europa hácia el siglo v, y en la guerra bebían la sangre de los vencidos.

El canibalismo no existe más que en los pueblos salvajes, porque la crueldad nace de la ignorancia. Los ogros, cuya siniestra reputación ha llegado hasta nosotros, pasan por ser ascendientes de los húngaros; felizmente, los húngaros modernos no tienen las costumbres de sus famosos ascendientes. Hungría es en lo moderno una nación digna y caballeresca.

Y ahora que también mis lectores conocen á los verdaderos ogros, estoy seguro de que sabrán combatirlos y vencerlos.

LUCIANO BIART.

## PRINCIPIO DE ARQUÍMEDES



No hay persona medianamente instruida que no tenga noticia de este eminente geómetra, que murió en Siracusa doscientos doce años ántes de Jesús Cristo; y hoy me propongo daros á conocer uno de sus más brillantes descubrimientos, cual es el conocido bajo la denominacion con que encabezamos estas líneas, el principio de Arquímedes.

Hé aquí el texto de esta fecunda proposicion, tan digna de estudio bajo el punto de vista teórico y práctico: *Todo cuerpo sumergido en un fluido cualquiera desaloja un volumen de fluido igual al suyo y pierde de su peso lo que pesa el fluido desalojado.*

Este principio se demuestra experimentalmente de un modo sencillísimo, por medio del instrumento denominado balanza hidrostática, la cual se reduce á una balanza cuyos platillos llevan unos ganchitos en la parte inferior. Para ello se toman dos cilindros de metal, uno hueco y otro macizo, y tales que la cavidad del hueco sea exactamente igual al volumen del macizo. Se cuelga el primero del gancho de la balanza, y de otro que este lleva en su parte inferior el segundo, y se establece el equilibrio poniendo pesas en el otro platillo. Sumérgese en agua el macizo, y en el momento se ve que desaparece el equilibrio en la balanza, inclinándose el fiel hácia el lado de las pesas; pero si echamos agua en el cilindro hueco, el equilibrio queda nue-

vamente restablecido cuando éste se llena. Esto nos dice que la pérdida de peso experimentada por el cilindro inferior al sumergirlo era precisamente lo que pesa su volumen de agua, pues vemos aparecer el equilibrio en la balanza, por la adición de esta cantidad de líquido; lo cual demuestra la segunda parte del principio de Arquímedes.

Si la vasija en que sumergíamos el cilindro hubiera estado completamente llena de agua, al verificar la inmersión, parte del líquido se hubiera derramado; y si recogíamos esta parte, hubiéramos observado que era la cantidad suficiente y necesaria para llenar exactamente el cilindro hueco, lo que demuestra la primera parte del referido principio.

Se comprende fácilmente la razón de esto último, puesto que los cuerpos son impenetrables, y donde el uno se halla no puede estar el otro al mismo tiempo; y si sumergimos un cuerpo en el agua, como esta no puede hallarse donde colocamos á aquel, se ha de haber desalojado una cantidad de líquido capaz de ocupar el mismo lugar que ocupa el cuerpo, esto es, su propio volumen; mas ¿de qué provendrá la pérdida de peso?

Para darnos cuenta de ello, recordemos ante todo lo expuesto anteriormente acerca de las presiones ejercidas por los líquidos, y fijémonos en las que sufrirá un sólido sumergido. Suponga-

mos que es un cubo el cuerpo que sumergimos (1). Este cuerpo sufrirá presiones sobre sus seis caras; las cuatro caras laterales se hallarán sometidas á presiones iguales, y podemos prescindir de ellas, pues la que cada cara experimente quedará destruida con la que sufre la cara opuesta. Ahora bien: la cara superior sufrirá una presión de arriba hácia abajo que estará representada por una columna líquida, cuya base será la cara del cubo, y cuya altura la que hay desde la cara superior á la superficie del líquido; la cara inferior sufrirá por el contrario una presión de abajo arriba representada por la que ejerza una columna que tuviera por base la cara inferior del cubo y por altura la que hay desde dicha cara á la superficie del líquido. Luego vemos que las presiones que el cubo sufre de arriba hácia abajo y viceversa están representadas por dos columnas líquidas, cuyas bases son iguales á la cara del cubo, y cuyas alturas se diferencian en la del mismo sólido; y como la diferencia está á favor de la presión de abajo arriba, viene á resultar que en definitiva el cubo sufre en este sentido una presión igual á la ejercida por una columna líquida de forma y volumen idénticos á dicho cuerpo. Por esta razón decimos que el cuerpo pierde de su peso, porque una parte de este peso es contrarestando por la presión que de abajo arriba ejerce el líquido sobre el sólido.

(1) El cubo es un sólido de seis caras, las cuales son cuadradas; un dado de los que se usan para jugar, es un cubo.

Observemos ahora cuál será la posición que un cuerpo tome cuando se le sumerge en un líquido, por ejemplo, en el agua. El cuerpo estará sometido á la acción de dos fuerzas, una, que es su propio peso, que le obliga á descender al fondo, y la otra que, obrando en sentido contrario, está representada por el peso del mismo volumen de agua. Luego si el cuerpo en cuestión pesa más que su volumen de agua, la fuerza que le obliga á descender será mayor que la contraria, y el cuerpo se irá al fondo; si pesase lo mismo, el cuerpo permanecería en equilibrio en cualquier punto de la masa líquida en que lo colocásemos, puesto que se hallaría sometido á presiones iguales y contrarias; y por último, si en igualdad de volúmenes pesaba menos que el agua, la presión de abajo arriba sería mayor que la fuerza inversa, y el cuerpo vendría á la superficie saliéndose en parte del líquido y quedando *flotante* en condiciones tales, que la parte que quedase sumergida ocuparía un volumen igual al ocupado por una cantidad de agua cuyo peso fuese exactamente igual al total del cuerpo.

Así, pues, los buques no son otra cosa que cuerpos flotantes que por la forma que se les da pesan mucho menos que la cantidad de agua necesaria para ocupar el mismo volumen, y por lo tanto susceptibles de admitir todavía una gran cantidad de peso como cargamento, sin que por eso se vayan á fondo.

AURELIANO JIMENEZ.



## EL CAZADOR



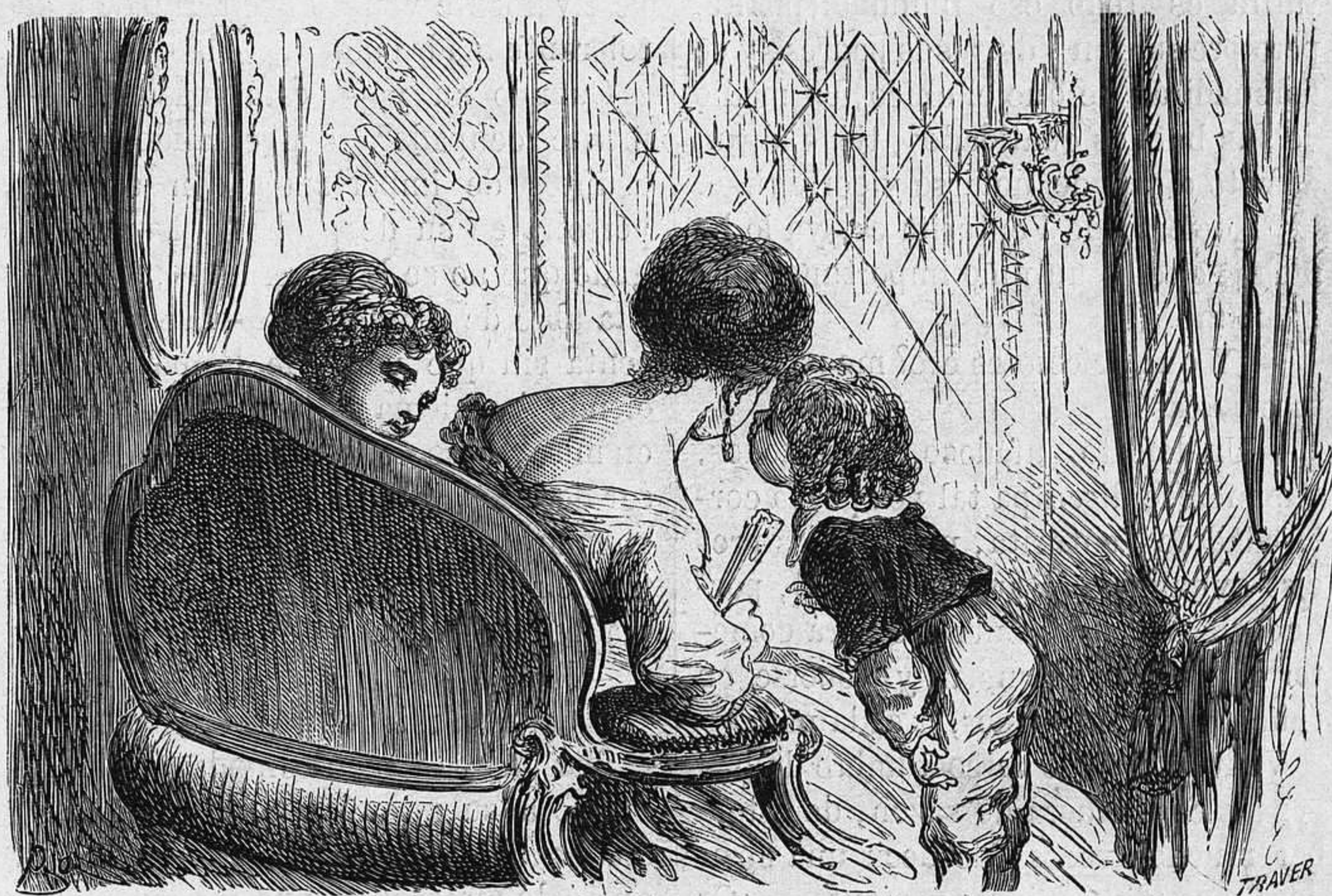
El papá de ese niño era un cazador empedernido que tenía una gran afición á ese entretenimiento. Todos los domingos, apenas amanecía, salía con su hijo á cazar, y allá iban los dos muy léjos, y tiro va, tiro viene, el bueno del padre daba muerte á muchísimos pájaros.

No estaba satisfecho el hombre, sin embargo, porque á su hijo no le alegraba aquella diversión; por el contrario, siempre que le llevaba de caza, el chico se ponía triste, bien que procuraba disimularlo, y no dar pesar á su padre.

Al fin, un día que el padre había herido á una paloma, el niño, al ver que aquel la iba á rematar, se puso de rodillas pidiéndole con lágrimas en los ojos que no diese muerte al inocente animalito. Y entónces comprendió el padre cuánto sufría su hijo durante la caza, y admiró en él, no sólo los buenos y generosos sentimientos, sino también el ejemplo que daba de respeto y obediencia filial, acompañándole en una diversión que tanto le hacía sufrir.

Y el padre, por complacer á su hijo, tan bueno y tan obediente, no volvió á cazar.





## RETRATOS INFANTILES <sup>(1)</sup>

### VIII

#### EL NIÑO IMPORTUNO É INOPORTUNO

Venturita es un niño muy guapo; nadie le puede negar esta cualidad, que es muy buena cuando está acompañada de otras prendas morales dignas de estima.

No vayan Vds. á creer por esto que Venturita es lo que se llama un niño malo, no, señores; sería una odiosa calumnia decir de él tal cosa.

(1) Véanse los tomos cuarto y quinto de Los Niños.

Venturita no es malo; es sensible, es amable, es bastante estudioso y quiere mucho á sus papás.

—Pues entónces, dirán Vds., ¿qué defecto puede tener Venturita?... Él no es huraño, no es holgazan, quiere á sus padres... Pues ¿qué más se le puede pedir á Venturita para considerarle un buen niño, un niño simpático y estimable?

Poco á poco, amigos lectores: Venturita es todo eso indudablemente, pero pregunten Vds. á sus padres, y se persuadirán de que el chico, en medio de sus buenas cualidades, tiene algun defecto digno de notarse y corregirse.

El defecto de Venturita es, ya lo he dicho, que es un niño importuno é inoportuno.

—¿Y qué defecto es ese? me preguntareis acaso.

—Un defecto enfadoso, como todos, que merece disculpa tal vez por la corta edad de Venturita, pero que es preciso evitar que se arraigue en él, porque cuando sea hombre le hará cometer mil inconveniencias y ponerse en ridículo, por lo ménos, á cada paso.

Venturita tiene la costumbre de hacer las cosas fuera de sazón, de estorbar muchas veces, de decir una agudeza cuando es inconveniente... ¿Os parece que no es éste un defecto?

Le lleva su mamá á una visita de duelo, á una casa donde acaba de morir una persona querida, y donde todos por consiguiente están graves, tristes, preocupados; nadie pide en aquellos momentos al niño que diga una gracia, pero él la dice inoportunamente, causando un efecto poco lisonjero para él en la reunion y avergonzando á su madre.

Está la buena señora en casa ocupada, por ejemplo, en dar lección á la hermana mayor de Venturita, y éste, con su acostumbrada oportunidad, viene á decir á su madre un secreto, sin que lo oiga su hermanita; el secreto es una tontería; la hermanita, curiosa y recelosa, lo quiere saber, y ya con este motivo se distrae de la lección, y disgusta á su mamá, y ésta la reprende, y la niña se enoja, y todo porque

al diablo del chico se le ocurrió intempestivamente venir á decir al oído á la tolerante madre una vaciedad.

Cuando su papá está más gravemente ocupado, conversando sobre asuntos de importancia con alguna persona en su despacho, y ha encargado que no se le interrumpa, Venturita abre de pronto la puerta y se presenta sin que nadie le llame, y haciendo la misma falta que los perros en misa, y no contento con eso, á pesar de la terrible mirada que le dirige su padre, enseña á éste una trenza, que trae en la mano, de las que usa su madre, diciendo:

—Papá, ¿es tuyo este pelo ó de mamá? Figúrense mis lectores el efecto.

Sus padres temen convidar á algun amigo á su mesa, porque saben las mañas del niño, y siempre esperan que á lo mejor diga una inconveniencia que los ponga en ridículo.

Un dia estuve yo invitado á su mesa por los amables padres de Venturita, y el niño, contra su costumbre, estaba serio y silencioso. Yo le interpele acerca de tan extraña novedad, y despues de muchas instancias mias, al fin abrió la boca la criatura, pero más valiera que hubiese callado, porque dijo:

—¡Toma! como papá me ha dicho que no diga que ha reñido esta mañana con mamá...

Por fortuna, los padres de Venturita me dispensan gran confianza; semejante salida en presencia de personas con quienes no hubiera tan franca amistad, habria sido de un efecto deplorable.

Otro acaso se hubiera reido de la gracia del niño; yo no, porque comprendí cuánto sufrían sus padres viendo en su hijo tan enfadoso defecto.

Creo que lo dicho bastará para que comprendais, apreciables niños, con cuánta razon llamo al bueno de Venturita un niño importuno é inoportuno.

El niño, lo mismo que el hombre, ha de procurar ante todo ser agradable y simpático á los ojos de su propia familia y á los de todo el mundo, y para conseguir este bien es preciso, de todo punto preciso, que no tenga el defecto que ligeramente acabo de apuntar.

Los chistes han de decirse con oportunidad, porque el mejor chiste, dicho fuera de tiempo y lugar, es una necesidad, ó una tontería, ó una triste gra-

cia. El don de la oportunidad es uno de los que más favorecen á los discretos, quenunca hacen ó dicen nada fuera de sazon.

Creo que, conocido vuestro claro ingenio, no necesito insistir más en este punto; de fijo que, despues de leidas estas líneas, ninguno de mis lectores hará de modo que merezca ser calificado como Venturita.

Y yo les doy la más cumplida enhorabuena, celebrando la suerte que tienen, si no se les conoce el defecto de que les acabo de hablar.

C. FRONTAURA.

## PENSAMIENTOS

Los envidiosos son conocidos por su propio carácter, como el hierro por el orin.

La murmuracion es hija del ocio y de la necesidad.

Vale más caer en poder de los cuervos que en manos de los aduladores, porque aquellos sólo hacen mal á los muertos, y los otros devoran á los vivos.

Muchos sinsabores y amarguras se evita el que naturalmente inclina su pensamiento á lo que debe á los demas ántes de lo que debe á sí propio.

Los hombres prudentes y activos que conocen sus fuerzas y marchan con circunspeccion, son los únicos que caminan mucho.

La paz se encuentra en la paciencia ántes que en el racionio: así es que vale más ser inculpados injustamente que inculpar á los demas, aunque sea con justicia.

El hombre que tiene muy arraigado en su alma el sentimiento del deber, nunca podrá cometer una mala accion, y siempre vivirá en reposo.

Nada es tan insoportable para el hombre como permanecer en pleno reposo, sin passion, sin quehaceres, sin distracciones, sin aplicacion; entónces siente su anonadamiento, su abandono, su insuficiencia, su nulidad, y surgen del fondo de su alma la tristeza, el despecho y la desesperacion.

Pocas serian las cosas que deseáramos con empeño si tuviéramos conocimiento de lo que deseamos.

El que manda con imperio á sus inferiores suele hallar un jefe que hace lo mismo con él.

Las contestaciones dulces calman la ira; las palabras desagradables aumentan la cólera.

Si el acero aventaja al hierro, es porque el trabajo le ha hecho más perfecto.

Llegamos á las diferentes edades de la vida sin haber aprendido nada, y muchas veces carecemos de experiencia, á pesar de los muchos años.

Los necios tienen al presumido por hombre de mérito. ¿Qué mayor desgracia?

## LA GOTA DE AGUA

(APÓLOGO)

Junto á la tosca cubierta  
De una rústica vasija  
Que bañan en viva lumbre  
Las llamas de roja hornilla,  
Se ve asomar una gota  
De agua que hirviente palpita  
Cual si escaparse quisiera  
Del poder que la domina.

Ya parece que murmura,  
Ya que cónvulsa se agita,  
Y unas veces se querella,  
Y otras, como airada, silba.

Y de vez en cuando rompe  
La burbuja que hace altiva,  
Soltando un penacho de humo  
Que en el aire se disipa.

Dijérase que hay un Genio  
Esclavo en ella, que lidia  
Por revelar de sus fuerzas  
Las ocultas maravillas.

Y es así, porque al acento  
De una candorosa niña  
Que contemplándola absorta  
«¿Quién eres?» dice sencilla,

Se oye una voz que resuena  
Dentro de la gota henchida,  
Y así á la niña responde  
Con agitacion continua:

«Yo soy un Genio, coloso  
Que en esta cárcel mezquina  
Pugna por hallar el aire  
De que su sér necesita.

»Si quieres ver los prodigios  
Que opero yo noche y día,  
Vuelve tus ojos en torno  
Y al mar y á la tierra mira;

»Y encontrarás, por doquiera  
Que atónita los dirijas,  
Con plumas de humo en el viento  
Mis altas glorias escritas.

»¿Ves la nave surcadora  
Que á las olas desafía,  
Y á través de la borrasca,  
Plegada la vela amiga,

»Por entre sirtes y escollos  
Que devorarla codician  
Va cruzando el Oceano  
Con marcha segura y fija?

»¿Ves á la vez por la tierra  
Cómo rápida camina  
La férrea locomotora  
Que arrastra potente y guía

»Del tren la enorme cadena,  
Que cual serpiente cautiva  
Por valles, montes y rios  
Palpitando se desliza?

»¿Oyes el fragor confuso  
De máquinas infinitas  
A que en campos y ciudades  
Presto movimiento y vida?

»Pues yo lo hago todo, y puedo  
Tambien tornarlo en ceniza,  
Si los respetos debidos  
A mi majestad se olvidan.»

—«¿Cuál es tu nombre? pregunta  
Con admiracion la niña,  
Clavando en la leve gota  
Su fascinada pupila.

»¿Quién tal potencia te ha dado  
Para que nada resista  
De tus vigorosas fuerzas  
A la incansable energía?»

—«Yo soy EL VAPOR, el Genio  
Contesta en voz comprimida:  
Me hizo Dios para que el hombre  
De mí por su bien se sirva.»—

Y al oír tan grave acento,  
Rayo de luz ilumina  
La mente de ella, y sus ojos  
Levanta al cielo y suspira.

ANTONIO ARNAO.

## LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

### EL PAPEL

#### II

Es muy larga la historia del papel: en el artículo anterior sólo pude hablar del papyrus; hoy debo indicaros lo que vino á sustituirle.

Considero solamente el papyro, porque era la materia más generalizada; pero no creais que era la única usada. No: muchos modos de escribir y materias para ellos destinadas se conocian, entre los cuales es digno de una especial mencion el usado por los romanos. Estos escribian sobre planchas cubiertas de una ligera capa de cera, en la que con un punzon señalaban los caracteres.

Eran los romanos muy económicos: las planchas podian ser bañadas en cera, y limpias muchas veces.

Aquí veis practicado el principio de la más pura economía; si los hombres de hoy fuesen como los romanos, no existirian, seguramente, muchas fábricas de papel.

Ventaja, pues, para la industria es que todos escribamos hoy del modo que vosotros conocéis.

—Y por fin, ¿qué vino á sustituir al papyrus?

Si esta pregunta me hiciéseis, tendríais razon sobrada; me habia olvidado del pergamino.

—¿Cómo del pergamino? direis.

—No me equivoco, queridísimos lec-

tores; el pergamino vino á suceder al papel egipcio.

Creo que todos vosotros lo conoceis, porque es cosa muy corriente: los libros antiguos estaban en él escritos.

Puesto que os hablo de esto, debo contaros el por qué de su uso, ó al ménos de su propagacion. Va, pues, en seguida la historia del caballero pergamino.

Vamos conociendo cada dia nuevos personajes; el de hoy es muy tratable y francote; seguramente no ha de daros ningun disgusto.

Empiezo como historiador; ahí va la historia del pergamino.

Hace unos mil seiscientos años se sufrió en Egipto gran escasez de papel, obligando esta circunstancia al rey de aquel país á prohibir la salida del papyrus trabajado.

Siendo el Egipto la única localidad productora de la materia, era necesario que en los demas paises se hiciese sentir la falta de un producto que se habia hecho ya absolutamente necesario.

¿Qué hacer, pues?

Precisaba sustituir el papyrus que escaseaba; pues no habia medio de prescindir de la escritura.

Y aquí viene ahora otro rey que tomó bajo su proteccion la fabricacion del papel.

¿Quién seria él, queridos lectores de LOS NIÑOS?

El señor Atalo II, rey de Pérgamo.  
¡Pérgamo! ¡pergamino!

Parece enteramente que la segunda palabra se deriva de la primera. ¿Será así?

Sin duda alguna: del nombre de Pérgamo se llamó pergamino á las pieles de animales preparadas para recibir la escritura.

El señor Atalo II se decidió, pues, á fomentar la fabricacion de pieles preparadas, cosa que ya se conocia de mucho tiempo atras.

No voy á entrar, queridos lectores, en la aplicacion de los diversos procedimientos á que las pieles se sometian ántes de que pudiesen servir como papel; pero debo manifestaros que el nuevo producto hizo competencia al egipcio.

Habia pergaminos de diversos colores, pues las pieles se coloreaban, existiendo todavía algunas de bellísimos colores púrpura ó amarillo.

Las categorías tambien eran consideradas en la familia pergaminesca. Habia pergaminos buenos y malos.

El papyrus se usó hasta el siglo noveno; el pergamino siguió en uso casi exclusivo durante el período que se conoce con el nombre de Edad Media, viniendo á caer dominado por el papel de algodón.

Voy, pues, queridísimos y pequeños lectores, á considerar con vosotros el papel que hoy se usa, tal cual era en sus primeros tiempos. Poco á poco hemos de llegar á los presentes.

Os manifesté en el anterior artículo la posibilidad de que en Oriente se fabricara por primera vez el verdadero papel: así es, en efecto: los chinos lo fabricaron mucho ántes de la venida de Jesucristo, valiéndose para ello de la

seda, corteza de la morera, caña de bambú ú otras materias.

Hay quien dice que el papel de algodón se hizo en el Japon por vez primera; otros aplican esto á los árabes. Los que siguen esta última opinion dicen que el uso del papel chino se transmitió á los persas, y de éstos pasó á los árabes, cuando conquistaron la Persia, en el siglo VII, si no estoy equivocado.

Cualquiera de estas dos opiniones parece aceptable; pues en ambas se admite que el pueblo árabe vino á ser, si no el primero, uno de los que desde luego fabricaron papel de algodón.

Hasta ahora en nada ha figurado España en la historia del papel; pero ya hay que variar: nuestra patria entra en el número de los pueblos que vienen á perfeccionar la industria papelera.

Nuestra patria, sí; en Játiva establecieron los árabes sus manufacturas, segun es generalmente admitido; creyéndose tambien que en la actual Ceuta fundaron fábricas.

¡Ya puedo, al fin, hablaros de nuestra amada patria, de nuestra querida España!

¿Sabeis cuándo se establecieron en nuestra Península las primeras fábricas de papel? En los siglos XI y XII, cuando la morisma dominaba entre nosotros.

Cómo se hacia el papel, debo decir; pues aquí se fabricó con una materia nueva.

Los árabes lo fabricaron con algodón crudo, es decir, tal cual salia de la planta, para lo cual lo machacaban y reducian á una pasta, la que, reducida á delgadas hojas, daba el producto listo para escribir en él.

Los españoles tenían mucho lino en el reino de Valencia, é imaginaron que muy bien podia sustituir esta materia vegetal al algodón hasta entónces usado; se hizo la prueba, y el papel resultante era más fuerte y mejor que el conocido: la cosa, pues, no necesitaba otra demostracion para que fuese completamente admitida.

Fué este el primer perfeccionamiento que tuvo en España la fabricacion del papel.

Primer perfeccionamiento he dicho; sí: el segundo fué el empleo de los trapos para sustituir al algodón y lino, usados hasta entónces tales cuales los producía la naturaleza.

Y deciros que los trapos se usaron por vez primera en el reino de Valencia, es cosa que creo más que inútil é innecesaria.

—Ya conocemos el papel de trapo; ya por lo tanto se ha llegado á la fabricacion actual.

Tal vez quisiérais manifestarme esto; pero si tal fuese vuestro deseo, debo deciros que no por eso termina todavía el estudio del papel. Queda aún que considerar la fabricacion más perfeccionada y fácil: la de las máquinas de vapor, sin olvidar por esto el mencionar cómo se hace á brazo el papel de trapo.

¡Papel de trapo! El fabricante con esta materia ha hecho posible la existencia de los traperos.

¿No habeis visto mil veces esos pobres séres que pasan su vida buscando entre lo que como inútil se arroja, algo que para ellos no sólo es útil, sino que

llega á proporcionarles su subsistencia?

Vosotros los habeis considerado pobres, miserables: son verdaderamente dignos de compasion.

¡Todo sirve! os decia yo al terminar el anterior articulito; ¡ya veis aquí cómo todo se aprovecha, hasta los trapos viejos!

El planteamiento en España de la fabricacion del papel, hizo que bien pronto se propagase en toda Europa la industria que tomaba aquel nuevo carácter. En Francia se difundió el papel de hilo en el siglo XIII.

¿Quién estableció entre los franceses las primeras fábricas de papel?

Créese, queridos niños, que se fundaron las primeras por tres prisioneros que en poder de los árabes aprendieron el modo de fabricar el útil producto que ocasiona estos incorrectos renglones.

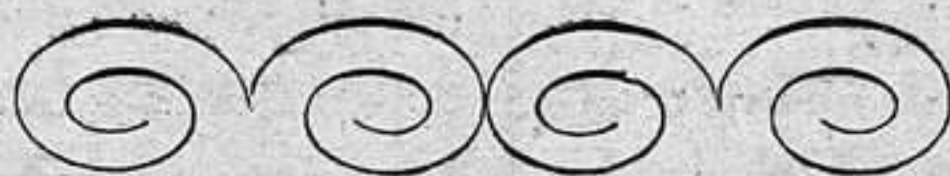
Los mencionados prisioneros eran naturales de la Auvernia, y no falta quien cita sus nombres; esto, desde luego, no puede admitirse como completamente exacto.

No pasa lo mismo con el tiempo en que tal cosa aconteció: era en el reinado de San Luis. Vosotros, cuando estudiéis historia, adquirireis noticias de este rey; yo no puedo dáros las; he sido en este artículo demasiado historiador.

Queda, pues, el papel propagado en Europa, y resta explicar los procedimientos para su fabricacion: esto no puede hacerse en el presente artículo.

Adios, pues, queridos niños, hasta el próximo número.

E. THULLIER.



## EL PERRO Y LA PERDIZ



Viendo el otro día en cierta casa de un pueblo á un perrito y una perdiz tan amigos que juntos comen y juntos duermen y se manifiestan el mayor cariño, no pude ménos de exclamar:

—¡ A poco que vivan juntos se hacen amigos aquellos mismos animales que parece debían ser enemigos irreconciliables!

¡Y los hombres, á quienes hizo Dios hermanos, siempre están en guerra, y entre ellos hacen cruel estrago el odio y la venganza!